

Por "H" o por "B"

Por Gustavo Corvalán

1978. Con apenas 13 años ingresaba a la Escuela de Comercio Martín Zapata. Blazer azul, pantalón gris, camisa blanca, corbata azul y zapatos negros uniformaban a los 35 varones de 1º 5º y al resto de los alumnos de la Escuela.

Un mundo nuevo, aparte de las materias clásicas, de las que uno venía acostumbrado de la escuela primaria se sumaban nuevas: Inglés, Francés, Caligrafía y Contabilidad.

Primer día y en ayunas, apareció "el de Contabilidad", el Profesor Bernardo Diamand. Con naturalidad y tranquilidad nos empezó a introducir en el mundo de la Contabilidad. Mundo nuevo, al menos para mí. Se empezaron a acumular términos extraños: el debe, el haber, saldo, débito, crédito, libro diario, libro mayor, etc. Si la memoria, a más de cuarenta años no me falla, y si no es así, disculpe Profesor, lo que entra se debita y lo que sale se acredita.

A pesar de ser tan poco, para mí era complicado.

En un momento, no sabría decir cuándo, salió de boca del Profesor Diamand lo siguiente: "Por H o por B, hipotéticamente hablando, el señor JJ le vende al señor HH un escritorio". Hasta aquí, mis estimados lectores, es algo sencillo. El señor HH le pagaba al señor JJ en efectivo. Si el señor JJ hubiera guardado el dinero en el bolsillo hubiera sido más sencillo, pero lo depositó en el banco, lo cual significaba un nuevo problema para mí. Nuevos asientos, otra T del libro mayor, la conciliación bancaria, etc. Imaginen si el señor HH le daba, "por H o por B", al señor JJ un documento. Habría tenido serios problemas.

Mis consultas al Profesor eran abundantes. Debo decir, y sin vergüenza, que hice uso de la paciencia del Profesor Diamand muchas veces. Muchas.

"Por H o B", durante 1978, los señores JJ y HH mantuvieron excelentes relaciones comerciales durante todo ese año, lo que significó un largo aprendizaje, y calculo que las deben haber mantenido por muchos años más enseñando los principios contables a cientos de alumnos.

Llega el momento de cerrar el balance. Como corresponde, como tantas veces, el balance de sumas y saldos no da igual. Terminé debiendo. Gracias Profesor.

Semblanzas de una buena persona.

Por Lili Diamand Sajarín

Me pidieron que elabore una semblanza de Bernardo Diamand, mi padre, como ser humano.

Creo que la mejor descripción que puedo hacer de él es que fue una persona maravillosa siempre dispuesta a ayudar y prestar colaboración no solo en temas relacionados con su profesión sino como mediador de conflictos de la vida diaria.

Su objetividad ante los problemas y su habilidad para ponerse en la piel del otro lo hacían un ser totalmente ecuánime y salomónico. Esa empatía y su forma tranquila, pausada, paciente y razonable de aconsejar hicieron que frecuentemente acudieran a él familiares, amigos, clientes y hasta algunos vecinos.

Otro rasgo muy propio de él fue su amor por la docencia. Recuerdo claramente su emoción y alegría cuando lo nombraron Profesor de “Organización del Comercio y de la Empresa” y también de “Contabilidad” en su querida Escuela de Comercio “Martín Zapata” de la cual egresó casi toda la familia. Mi hermana y yo éramos muy pequeñas pero pudimos percibir su emoción ante el nuevo cargo. Le apasionaba enseñar y lo corroboramos cuando nos tocó recibir sus explicaciones ante algunas dudas durante nuestra formación. Cuando le llegó la jubilación fue tal su tristeza que se enfermó. Un grupo de profesores y el propio Director del Colegio, el Cdor. Saverio Mangione, crearon un “Gabinete de apoyo y asesoramiento” para alumnos que necesitaran ayuda. Gracias a eso, papá sintió que a pesar de haberse jubilado, todavía se lo necesitaba en su querida Escuela.

Siempre nos llenó de orgullo que al escuchar nuestro apellido, mucha gente nos preguntara si teníamos algo que ver con el ‘Profesor Diamand’. Cuando comentábamos que era nuestro padre, se deshacían en elogios e invariablemente comentaban el cariño y la admiración que sentían por él, por su forma de explicar, por su paciencia y su comprensión, consejo y apoyo ante algún problema ocasional.

En su profesión fue más que generoso. Muchísimas veces dejó de cobrar honorarios cuando su cliente pasaba por un momento difícil. A veces le retribuían con frutas o verduras de su finquita. Siempre estaba dispuesto a asesorar gratuitamente en

temas contables o impositivos. Sus consejos eran muy apreciados porque tenían lógica y visión de futuro.

Era previsor nato. Empezó a trabajar a los 13 años e hizo toda su carrera trabajando de día y estudiando de noche. Supo de muchos sacrificios pero nunca se amedrentó y siempre salió adelante. No dejaba nada librado al azar. Siempre se adelantaba a lo que pudiera pasar y buscaba la mejor manera de evitar problemas a futuro. A los 18 años de edad conoció a quien fue su mujer durante 63 años, Sarita, con quien compartió alegrías, pesares, problemas, viajes, hijas y nietos siempre de acuerdo ambos en brindar lo mejor de sí.

Amaba la música y la lectura. Su biblioteca era nutrida e inculcó desde pequeños a hijas y nietos, el hábito de leer, el valor del esfuerzo, la voluntad y el mérito. Solía decir: “la cama es para los enfermos”...

Fue un trabajador incansable pero también supo disfrutar de la vida.

Sus bases éticas y morales eran tan firmes como inquebrantables. Fue un modelo de decencia y honestidad. La palabra empeñada era sagrada. Aunque no militó en ninguna agrupación política, sus convicciones republicanas eran firmes: perdió un trabajo cuando se negó a afiliarse a un partido político con el cual no comulgaba.

Muchas veces, aún después de casi 7 años de su fallecimiento, su viuda, sus hijas y sus nietos, recurrimos a sus sugerencias y consejos cuando tenemos alguna duda.